

LA MONEDA

Los árboles gigantes protegían el campamento perdido en medio de la selva. Servían además para colgar algunas hamacas. Lianas entrecruzadas ayudaban a sostener las lonas para atajar la lluvia que, en esos lugares y en esa época del año, era habitual.

El fogón apagado desde hacía varios días. Un gato blanco, que había aparecido quién sabe de dónde, relamía de la olla oxidada lo último comestible que le quedaba a seis hombres que esperaban órdenes.

Tormenta feroz la de la noche anterior. La lluvia corrió por la ladera. Aflojó la tierra. El viento hizo lo suyo, dejando por el suelo un gigantesco árbol quebrado. Despedazado. Suficiente para que el sendero del oeste desapareciera entre ramas y lodo. Era la única salida que el ejército todavía no había cubierto.

El día había transcurrido en calma. Estaba anocheciendo. A esa hora el calor, la humedad y los mosquitos hacían imposible hasta respirar. Pedro recostado sobre un tronco con musgo. Los seis esperaban ansiosos la hora señalada para escuchar la radio. Su única conexión con el mundo que sabían todavía existía. Mucha interferencia. Batería baja. Apenas la voz del comandante: "es hora de rearmarse ya saben cómo y dónde."

Se miraron. Sus ojos mostraban temor. Querían seguir pareciendo rudos y duros. Fuertes. Sin miedo. Bajaron la vista. Minutos interminables. Manos apresuradas poniendo todo en orden para la partida. Desarmaron. Trataron de que ningún rastro fuera visible. Buscaron las mochilas o lo que quedaba de ellas.

Pedro revisó la suya: en el fondo, escondida, la camisa roja; la de las iniciales bordadas, su única pertenencia de la otra vida. Vida fuera de la selva y la pelea. Volvió a mirar, en el bolsillo de adentro su tesoro: la monedita de plata, regalo de su abuela antes de partir siguiendo a los insurrectos. Esos que ya no querían una vida de sometimiento, miserias y humillaciones.

- Te va a traer suerte...

Las palabras de la abuela eran como un eco: traer suerte... traer suerte... Hasta hoy no había fallado. La besó y guardó con cuidado.

Las armas eran pocas e inservibles. Pedro pensó que la escopeta de dos caños era para él. Lo pensó con tantas ganas que cuando llegó su turno se eligieron mutuamente. La tomó con fuerzas. Acomodó los cartuchos uno a uno, como acariciándolos. Después, los hombres se miraron, se hablaron sin decir una palabra. Partieron.

Un día, solo un día y estarían nuevamente juntos.

Pedro caminaba, la noche lo protegía. Algunos ruidos, alguna nube, alguna esperanza.

En la cabeza ideas que daban vueltas. Sabía lo que tenía que hacer. Ir a la casa de Encarnación. Encarna. ¡Ay! Encarna... con su peluquita rubia, los viejos discos de vinilo sonando con la voz ronca de Chavela. Vasos plásticos sobre la mesa del comedor, cocina, habitación, sala de recibir... Entrecerrando los ojos seguía caminando. El cansancio lo confundía. No recordaba si la bandera flameando en el portón de entrada tenía que ser roja o verde, verde o roja...

Verde: entrá. Roja: no entrés. ¿Cómo era? Piensa, Pedro. Ya casi llegas. Camina y piensa. Está amaneciendo. ¿Puedes ver la bandera, o el cansancio no te la deja ver?

Allí vas.

Sin más.

Una balacera te recibe. Una interminable balacera.

¡Mierda, Pedro!

Ni la moneda de la abuela esta vez te trajo suerte.